

# Capítulo 6

## LA TEORÍA DEL DISCURSO

DAVID HOWARTH

*La aparición de la teoría del discurso y su relación con el postmodernismo, 126.— Características principales de la teoría del discurso, 128.—Análisis del thatcherismo, 134.—Críticas a la teoría del discurso, 136.—Conclusión, 141.—Lecturas recomendadas, 141.*

A la teoría del discurso le interesa el papel que representan las prácticas e ideas sociales significativas en la vida política. Analiza de qué manera los sistemas de significado o «discursos» configuran la comprensión que las personas tienen de sus propios roles sociales y cómo influyen en sus actividades políticas. Sin embargo, los discursos no son ideologías en el sentido tradicional o estricto de la palabra (o sea, conjuntos de ideas a través de las que los actores sociales explican y justifican su acción social organizada). El concepto de discurso incluye en su marco de referencia todo tipo de prácticas sociales y políticas, así como instituciones y organizaciones.

El análisis del discurso se inspira en ciencias *interpretativas como* la hermenéutica, la fenomenología, el estructuralismo y la deconstrucción (véase Dallmayr y Mc-Cartny, 1977). Dichas ciencias se organizan a través de la interpretación de textos literarios y filosóficos o analizando cómo los objetos y las experiencias adquieren su significado. El enfoque del discurso, al situarse en esta tradición intelectual, tiene algún parecido con el método *del Verstehen* de Max Weber. Por medio de esta metodología el investigador social pretende comprender el comportamiento en sociedad mediante la identificación con el agente que actúa en ella. La diferencia estriba en que el analista del discurso examina de qué modo las estructuras de significado hacen posibles ciertas formas de conducta. Al hacer esto, pretende comprender cómo se *generan los discursos que estructuran las actividades de los agentes sociales, cómo funcionan y cómo se cambian*. Al empeñarse en entender estos objetos de investigación el analista del discurso da prioridad a conceptos políticos como «antagonismo», «actuación», «poder» y «hegemonía».

Este capítulo tiene cuatro partes. La primera menciona ciertos antecedentes del desarrollo de *la teoría del discurso: la segunda expone* más detalladamente algunas de las características principales de esta perspectiva; la tercera muestra, mediante un análisis del thatcherismo, cómo aborda este enfoque los problemas empíricos, y la última hace una valoración de las principales críticas que ha recibido.

### **La aparición de la teoría del discurso y su relación con el postmodernismo**

El concepto de discurso se utiliza en muy diversas disciplinas y enfoques, desde la lingüística a la filosofía, pasando por la literatura. En su sentido más técnico, el análisis del discurso se refiere a un conjunto neutro de recursos metodológicos que sirven para analizar alocuciones, escritos, entrevistas, conversaciones, etc. (véase Fair-clough, 1992, pp. 12-37). Los que analizan la conversación, por ejemplo, han examinado varios de sus aspectos: cómo comienza y finaliza; de qué manera los temas se introducen, mantienen y cambian; cómo se produce la narración de los acontecimientos; cómo «se turnan» las personas al conversar, etc. (véase, por ejemplo, Heritage, 1984). En este caso, el concepto de discurso es meramente textual o lingüístico y su enfoque analítico se limita a pequeños segmentos del habla o de la escritura. Por el contrario, para los analistas críticos del discurso como Michael Foucault, las «formaciones discursivas» se refieren a cuerpos regulares de ideas y de conceptos que pretenden producir conocimiento acerca del mundo. Por ejemplo, al explicar los discursos científicos a través de la historia, Foucault se empeña en esbozar sus regularidades discursivas subyacentes y relaciona la producción y transformación de estos discursos con los más amplios procesos sociales y políticos de los que forman parte (Foucault, 1972).

Siguiendo la perspectiva crítica de Foucault, este capítulo se centra en los escritos de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes han desarrollado un concepto de discurso que se ocupa especialmente del análisis de los procesos políticos. En sus diversos escritos, Laclau y Mouffe han intentado profundizar en la categoría de ideología marxista, utilizando las ideas de la filosofía y la teoría postmodernas. La etiqueta de «postmodernismo» se aplica a una gran variedad de teóricos que han cuestionado los presupuestos fundacionales y esencialistas de sus respectivas tradiciones y disciplinas; entre estos autores podemos citar a Michel Foucault, Jacques Derrida, Jacques Lacan, Jean Baudrillard, William Connolly, Jean-François Lyotard y Richard Rorty.

Por desgracia, en muchos sentidos la noción de «postmodernismo» es bastante imprecisa. Incluso aquellos que, como Richard Rorty, suscriben esta idea, han mostrado claramente sus reservas acerca del modo en que se ha empleado recientemente dicho término (Rorty, 1991, p. 1). Las razones de estas dudas se centran en las engañosas connotaciones que ha engendrado. Para algunos autores el término representa una completa ruptura con ideas modernas como las de «razón», «libertad» y «autonomía», que surgieron en la Ilustración europea, mientras que, para otros, representa un período histórico que tiene lugar después de la modernidad. Aún hay un tercer grupo que equipara el postmodernismo con el fin de la epistemología —la teoría del conocimiento— y, por tanto, con un relativismo nihilista que rechaza todas las pretensiones de conocimiento y hace innecesario todo compromiso político y ético. Todas estas interpretaciones pasan por alto las continuidades entre la modernidad y la postmodernidad. Como veremos, el postmodernismo no es un rechazo de la modernidad sino una reducción proporcional de sus excesivas ambiciones.

Si tenemos en cuenta estos recelos, ¿de qué manera son útiles las ideas del postmodernismo para la teoría del discurso? Lo son porque representan una sensibilidad o actitud alternativa frente a los impulsos fundacionales del proyecto moderno. Tales impulsos han querido basar nuestro conocimiento, creencias y juicios éticos en algún

tipo de fundamento objetivo o esencial, ya fuera «el mundo tal como es en realidad», nuestra subjetividad humana, nuestro conocimiento de la historia o los usos que hacemos del lenguaje. La actitud postmoderna señala las necesarias *limitaciones* que tiene el proyecto moderno a la hora de dominar por completo la naturaleza de la realidad.

Merece la pena mencionar, a este respecto, tres cuestiones prominentes en el postmodernismo. En primer lugar está la crítica de lo que Jean-Francois Lyotard ha llamado las «meta-narrativas» o «grandes narrativas de la emancipación» en la modernidad. Esto quiere decir que ha habido un cuestionamiento de la costumbre moderna de utilizar algún tipo de mecanismo de legitimación subyacente y «totalizador». Este fue el caso del marxismo que, para garantizar la objetividad o la verdad de nuestro conocimiento y para justificar los proyectos políticos socialista o comunista, afirmaba que la historia progresa necesariamente en fases sucesivas. Estas narrativas de carácter universal y global tienden a eliminar otras narrativas posibles, produciendo un triunfo del consenso, de la uniformidad y de la razón científica sobre el conflicto, la diversidad y las formas de conocimiento diferentes.

En segundo lugar, está la postura «antifundacionalista» del pragmático norteamericano Richard Rorty, cuya explicación de la historia de la filosofía occidental pretende poner de manifiesto que no hay puntos de vista objetivos que garanticen la verdad o el conocimiento del mundo y que los proyectos filosóficos, desde Platón a Habermas, pasando por Kant, siempre han tropezado con este propósito. La búsqueda de los fundamentos últimos presupone la existencia de dos esferas separadas —la realidad y el pensamiento— que se esfuerzan por constatar que nuestros pensamientos se corresponden con el mundo «real». De ahí que Rorty, en su *Philosophy and the Mirror of Nature*, critique el deseo, tanto de Descartes como de Locke y Kant, de encontrar una teoría específica «del intelecto» o de las «representaciones mentales» que justifique las pretensiones de conocimiento. Para Rorty estas búsquedas de fundamentos indudables tanto para el conocimiento como para la moral, el lenguaje o la sociedad no son más que «intentos de *hacer eternos* ciertos juegos de lenguaje, prácticas sociales o imágenes de uno mismo totalmente contemporáneas [o sea, históricamente específicas]» (Rorty, 1980, p. 10). Todas estas figuras fundacionales de la modernidad que, según Rorty, siguen ejerciendo una influencia considerable en los puntos de vista contemporáneos, niegan la historicidad —el carácter cambiante— de nuestro conocimiento y creencias, y presuponen que cualquiera puede «salirse» de las tradiciones y prácticas de las que forma parte y llegar a tener una concepción de los procesos sociales completamente independiente.

La tercera cuestión importante en el postmodernismo es su «antiesencialismo». En este sentido, el deconstruccionista francés Jacques Derrida es un claro ejemplo de lo difícil que resulta intentar determinar cuáles son las características esenciales de los conceptos y de los objetos. La crítica de la metafísica occidental que hace Derrida pone de manifiesto la imposibilidad de acotar la esencia de las cosas y la de precisar completamente la identidad de las palabras y los objetos. Para este autor, el impulso de «cerrar» los textos y argumentos filosóficos —el esforzarse por determinar la esencia de algo— siempre fracasa porque hay ambigüedades e «indecidibles» que se resisten a la precisión definitiva y borran las distinciones absolutas (véase Bennington, 1993; Derrida, 1981; Gasche, 1986).

¿Qué ocurre entonces con las alternativas postmodernas a las pretensiones del proyecto moderno? Lyotard cuestiona la supuesta universalidad de las «meta-narrativas» y «grandes narrativas» de la modernidad e insiste en lo necesaria que es la disidencia y la tolerancia de las narrativas que no llevan el mismo peso que las formas de conocimiento modernas (Lyotard, 1984, p. 75). El antifundacionalismo de Rorty le lleva a afirmar la historicidad y contingencia del yo, del lenguaje y de la comunidad. Sin entrar a establecer comparaciones entre diferentes períodos históricos, afirma que lo que una generación creía necesario o esencial puede resultar accidental y susceptible de comprobación para otra. En este sentido, todo es producto del «tiempo y el azar» y no está condicionado por ninguna lógica o principio totalizador. Por lo tanto, los lenguajes, comunidades y seres humanos son fruto de una evolución y no entidades eternas e inmutables. Como este mismo autor afirma: «En las personas no hay más que aquello que han recibido por la socialización, es decir, su capacidad de utilizar el lenguaje y, por tanto, de intercambiar opiniones y deseos con otras personas» (Rorty, 1989, p. 177). Esta conciencia de nuestra «finitud humana» —de que somos seres mortales que por azar viven en un determinado tiempo y espacio— supone que las cosas son siempre susceptibles de cambiar por nuestras propias acciones y proyectos y que no están sujetas a un plan cósmico que tiene lugar «a nuestras espaldas». Finalmente, frente al pensamiento esencialista que subraya la identidad sacrificando la ambigüedad y el «juego de las diferencias», Derrida señala que para el pensamiento no existe un cierre o fijación natural de significado. La identidad sólo puede lograrse negando la ambigüedad y excluyendo las diferencias de forma deliberada. Sin embargo, para Derrida, tales negaciones y expulsiones, al impedir a las identidades alcanzar su plenitud, las atormentan, de manera que siempre amenazan con derribarlas.

### **Características principales de la teoría del discurso**

Aunque el postmodernismo haya tenido mucha influencia en la literatura, la filosofía y la sociología, no hay muchas pruebas de su despliegue ni en la teoría política ni en el análisis de la misma. Laclau y Mouffe han utilizado las ideas «antifundacionalistas» y «antiesencialistas» de filósofos como Rorty, Derrida y Lyotard para ampliar la categoría de ideología y para esclarecer la teoría del discurso. Voy a esbozar brevemente los conceptos principales que han desarrollado y utilizado.

#### *Discurso y articulación*

Resulta útil comenzar con la comparación entre las categorías de ideología y de discurso. Para simplificar, la ideología en la teoría marxista se refiere a un ámbito de ideas y de representaciones mentales que se contrasta con el mundo material de la producción económica y de la acción práctica. Laclau y Mouffe rechazan esta concepción «regional» de la ideología. También disipan la distinción entre la esfera de las ideas y el mundo de los objetos reales, así como la división entre representaciones mentales y actividades prácticas, ambas utilizadas por las caracterizaciones de ideología marxista.

En lugar de admitir estas separaciones, señalan que todos los objetos y prácticas son discursivos. Dicho de otro modo, para que las cosas y actividades tengan significado deben formar parte de discursos concretos. Esto no quiere decir que todo sea discursivo o lingüístico sino que, simplemente, las cosas, para ser inteligibles, deben existir dentro de un marco de significado más amplio. Tomemos el caso de una piedra que podemos encontrar en el campo. Este objeto, dependiendo del contexto social determinado en el que se sitúa, puede ser un ladrillo para construir una casa, un proyectil para uso bélico, un objeto que indique una cierta riqueza o un «hallazgo» de gran importancia arqueológica. Todos los significados o identidades diferentes que adopte el trozo de materia dependen del tipo de discurso concreto y de las circunstancias específicas que dan significado o «ser» al objeto (Laclau y Mouffe, 1987).

De ahí que la concepción de discurso de Laclau y Mouffe afirme el carácter relacional de la identidad. El significado social tanto de las palabras como de las alocuciones, acciones e instituciones se entiende en relación con el contexto general del que forman parte. Cada significado se entiende en relación con la práctica general que está teniendo lugar y cada práctica según un determinado discurso. Por consiguiente, sólo es posible entender, explicar y evaluar un proceso si se puede describir la práctica y el discurso en el que ocurre. Por ejemplo, el hecho de hacer una cruz en un papel e introducirlo en una urna —la práctica de votar en unas elecciones— sólo tiene significado dentro de un sistema de normas, procedimientos e instituciones que llamamos democracia liberal. La importancia de votar se entiende, de este modo, únicamente en relación con las otras prácticas y objetos de los que forma parte.

La teoría relacional del discurso que desarrollan Laclau y Mouffe supone que los discursos no sólo reflejan procesos que tienen lugar en otros ámbitos de la sociedad, como la economía, sino que incorporan elementos y prácticas de todos ellos. Esto nos lleva al proceso de construcción de los discursos. Laclau y Mouffe introducen aquí el concepto de articulación que se refiere a la práctica de *juntar* diferentes elementos y combinarlos para constituir una nueva identidad. Por ejemplo, en Gran Bretaña, el primer gobierno laborista mayoritario se propuso, para establecer el «consenso político de la postguerra», fundir —o articular— ciertos elementos diferentes como el Estado del bienestar, el mantenimiento del pleno empleo junto a una gestión keynesiana de la demanda, la nacionalización de ciertas industrias y la defensa del Imperio y de la Guerra Fría. Esta articulación no era una reacción refleja ante cambios en la economía ni expresaba los intereses de una sola clase social. En realidad era el resultado de un proyecto político que, unificando ciertos elementos ideológicos, económicos y políticos, que por separado carecían de un significado esencial propio, logró obtener el apoyo de muchos sectores de la sociedad británica en los años cincuenta y primeros sesenta.

El fundamento teórico de esta concepción del discurso procede del lingüista estructuralista suizo Ferdinand de Saussure. Este autor señala que el lenguaje es un sistema de diferencias formales en el que la identidad de las palabras es puramente *relacional*. De este modo, Saussure divide las unidades lingüísticas, que denomina signos, entre «significantes» y «significados». De ahí que un signo como «padre» se componga de una parte escrita o hablada, la palabra «p-a-d-r-e», y del concepto que entendemos mediante esta palabra en concreto. La relación entre la palabra y el concepto es estrictamente formal y estructural. Dicho de otro modo, el vínculo entre los dos no

tiene nada de natural o sustancial: las palabras no están especialmente ligadas a los conceptos que expresan, ni comparten ninguna propiedad natural con las cosas que designan en el mundo. Saussure denomina este fenómeno «arbitrariedad de los signos». Los signos funcionan como unidades de significación porque son parte del *sistema* de lenguaje que utilizamos. Así, por ejemplo, la palabra «padre» tiene su significado porque es diferente de otras de nuestro idioma como «madre», «hijo», «hija», etc. (Saussure, 1983). Esta concepción relacional del lenguaje contrasta completamente con la teoría *referencial* del significado en la que las palabras denotan determinados objetos del mundo.

### *Discurso y análisis político*

Laclau y Mouffe han aplicado este modelo lingüístico a su forma de entender los procesos sociales y políticos. En principio, esto supone que los sistemas sociales están estructurados según las normas del discurso, lo cual acentúa el carácter *simbólico* de las relaciones sociales. Sin embargo, hay diferencias notables entre la concepción del discurso de Laclau y Mouffe y el concepto sausseriano de lenguaje. La diferencia principal estriba en que los segundos afirman que los discursos nunca son sistemas de diferencia *cerrados* (y, por extensión, las «sociedades» nunca son cerradas). Por lo tanto, nunca agotan los significados o identidades que hay disponibles en las sociedades. Al utilizar estos argumentos, Laclau y Mouffe se basan en las ideas postmodernas expuestas anteriormente. Para mostrar este punto, vamos a prestar atención a la crítica postmoderna o postestructuralista de Saussure.

La crítica postmoderna de la concepción estructuralista saussuriana del significado se centra en tres dificultades. En primer lugar, aunque Saussure señale que la identidad depende de las diferencias del sistema de lenguaje en su totalidad no explica la identidad de dicho sistema. Por lo tanto, no hay una explicación de los *límites* de la estructura lingüística o lenguaje. En segundo lugar, el modelo de Saussure se centra en el carácter sincrónico del lenguaje, y no en el diacrónico, por lo que su enfoque tiende a lo estático e inmutable, en vez de a lo dinámico e histórico. En tercer lugar, no tiene en cuenta la ambigüedad y la pluralidad del significado lingüístico. Por el contrario, el postestructuralismo señala que el lenguaje siempre contempla la posibilidad de que los significantes sean independientes de un determinado significado. Las metáforas, por ejemplo, pueden construirse porque las palabras y las imágenes se pueden utilizar para producir diferentes significados. En la vida política, significantes como «libertad», «democracia» y «justicia», por ejemplo, pueden tener significados muy diferentes y opuestos. Por lo tanto, resulta paradójico que, aunque Saussure señala que la relación entre el significante y el significado es arbitraria, los postestructuralistas ponen de manifiesto que esta posición produce una completa rigidez en las relaciones entre las palabras y sus significados.

Para compensar estas dificultades, Laclau y Mouffe indican que los discursos son históricamente contingentes y que se construyen políticamente. Vamos a abordar estas dimensiones. Ya hemos visto en los escritos de Rorty y de Derrida la historicidad y contingencia de las identidades. Para Rorty, los agentes sociales, las comunidades y los lenguajes son productos históricos susceptibles de cambio y transformación. Se-

gún Derrida, las identidades nunca están del todo constituidas porque su existencia depende de factores externos a la identidad y diferentes de ella. Sin embargo, estas dos perspectivas plantean un grave problema para el análisis político. Si las identidades nunca acaban de fijarse, ¿hasta qué punto son posibles?, ¿estamos condenados a vivir en un mundo caótico y sin sentido? En otras palabras, si vivimos en un mundo sin cierres, ¿existe alguna posibilidad de determinar la identidad de los discursos? La-clau y Mouffe resuelven este problema afirmando la primacía de las prácticas políticas en la configuración de las identidades. Tal y como veremos en profundidad, los discursos adquieren su identidad mediante el trazado de fronteras políticas y la construcción de antagonismos entre «amigos» y «enemigos».

### *Antagonismos*

La construcción y experimentación de antagonismos sociales es clave para la teoría del discurso por tres motivos. Primero, porque la creación de una relación antagónica, que siempre supone producir un «enemigo» o un «otro», es vital para el establecimiento de fronteras políticas. Segundo, la constitución de relaciones antagónicas y la estabilización de fronteras política,—, es crucial en la fijación parcial de la identidad de las formaciones discursivas y de los agentes sociales. Tercero, la experiencia del antagonismo muestra de modo ejemplar la contingencia de la identidad.

¿A qué se refiere exactamente el concepto de antagonismo en el enfoque del discurso? Contrastemos la explicación del discurso con concepciones más tradicionales. Éstas solían explicar el antagonismo en función de las condiciones en las que tiene lugar el conflicto (véase el capítulo 3 y la discusión sobre el trabajo de Gurr). Por el contrario, para la teoría del discurso, los antagonismos ocurren por la imposibilidad que tienen los agentes y grupos de adquirir identidades completas y positivas. Dicha imposibilidad existe porque la presencia del «enemigo» en una relación antagónica impide que el «amigo» alcance su identidad. Tomemos el ejemplo de los trabajadores que son despedidos a consecuencia de una campaña del gobierno para aumentar la productividad, mediante la implantación de una nueva técnica, en una industria nacionalizada. Los trabajadores piensan que la acción del gobierno y de la directiva les impide completamente lograr su identidad como tales trabajadores. Para el gobierno y los directivos los trabajadores impiden la modernización de la industria o intentan desestabilizar al gobierno. Por lo tanto, la experiencia del antagonismo —el conflicto entre trabajadores y directivos— demuestra, en la lucha por imponer una voluntad sobre otra, el fracaso de la identidad tanto de los trabajadores como del gobierno junto a los directivos.

Los antagonismos están sujetos a procesos de construcción y deconstrucción. Tomemos el caso de la lucha de liberación nacional en un país colonizado. Lo habitual es que, después de la imposición por la fuerza del dominio colonial, el colonizador intente crear un sistema de diferencias que pueda incluir al colonizado en un marco de relaciones no antagónicas. Esto es lo que Laclau y Mouffe llaman «la lógica de la diferencia», que puede darse a través de un proceso parcial de asimilación o mediante una política de «divide y vencerás»; ambas estrategias se sustentan siempre en la exclusión violenta de las fuerzas que se resisten a tales intentos de incorporación.

En muchos casos, la resistencia de los colonizados produce una interrupción de esta lógica de la división y la cuestiona. En general, este antagonismo se organiza mediante la creación de una frontera entre «los oprimidos» (los colonizados) y «los opresores» (los colonizadores). De este modo, las diversas manifestaciones de los colonizadores —su idioma, tradiciones, instituciones, etc.— se equiparan unas a otras en virtud de una concepción del «enemigo» del pueblo que simboliza lo «opuesto al colonizado». Al mismo tiempo, las diferentes identidades de los colonizados se condensan en conceptos como «el pueblo» o «la nación», entidades a las que sus señores coloniales impiden alcanzar la «libertad», la «dignidad humana», la «justicia social», etc. Por lo tanto, los colonizadores son representados bloqueando la identidad del colonizado. Como veremos más adelante, los significantes flexibles que, en cada momento, llegan a simbolizar la relación antagonica —«libertad», «el pueblo», «democracia», «dignidad humana», «la nación», etc.— son de vital importancia a la hora de analizar las prácticas hegemónicas y la forma que tienen de constituirse los sujetos políticos.

### *Subjetividad y actuación*

Para un enfoque como la teoría del discurso, que se ocupa de cómo se conducen y se entienden a sí mismas las personas en las sociedades, es crucial el problema de la actuación social o subjetividad (véase también el capítulo 9). Este asunto puede abordarse mejor mediante una breve referencia a un aspecto del debate sobre «estructura y actuación». Vamos a ocuparnos de la concepción estructuralista marxista del sujeto planteada por Louis Althusser. Frente a aquellos que consideran que el sujeto es una fuente completa y unificada de ideas y valores propios, Althusser insiste en que los sujetos son construidos —en sus palabras, «interpelados», «aclamados»— por las prácticas ideológicas. Esto quiere decir que el modo en que los seres humanos entienden y viven sus vidas como sujetos concretos —«hombres», «mujeres», «cristianos», «trabajadores», y así sucesivamente— es una influencia ideológica que se centra en los agentes sociales y les otorga una identidad imaginaria según sean sus condiciones de vida reales (Althusser, 1965; 1971, pp. 127-86).

Aunque Laclau y Mouffe aceptan la idea althusseriana de que las identidades de los sujetos se construyen de forma discursiva rechazan sus connotaciones deterministas. Según Althusser, el sujeto se ve reducido a la estructura social y económica subyacente. Por su parte, Laclau y Mouffe, distinguen entre *posiciones subjetivas* y *subjetividad política*. La primera categoría se refiere a la posición por la que opta el sujeto en diversos discursos. Esto significa que los individuos pueden tener varias posiciones subjetivas. Un determinado agente empírico puede considerarse a sí mismo «negro», «de la clase obrera», «cristiano», «mujer», «ecologista», etc. Esto no tiene por qué conllevar una dispersión completa de las posiciones subjetivas porque varias identidades pueden estar unidas en discursos más globales como son el nacionalismo, el socialismo, el conservadurismo, el fascismo, etc.

Si la noción de posición subjetiva se ocupa de las múltiples formas que tienen los agentes de constituirse a sí mismos en actores sociales, al concepto de subjetividad política lo que le interesa es cómo los actores sociales actúan o toman decisiones no-

vedosas. El enfoque de la teoría del discurso, para ir más allá de la primacía que Althusser confiere a la estructura sobre el agente, sostiene que las acciones de los sujetos son posibles por la precariedad de los discursos con los que se identifican. Así, los sujetos actúan de formas diferentes cuando se revela la contingencia de sus identidades. Esto ocurre cuando los discursos comienzan a desintegrarse en períodos de desorden social o económico y cuando los sujetos experimentan estos trastornos como crisis de identidad. En tales situaciones los sujetos se proponen reconstruir sus identidades y significados sociales articulando discursos alternativos e identificándose con ellos.

### *Hegemonía*

En el análisis del discurso las luchas hegemónicas y el establecimiento por parte de un proyecto político de una hegemonía determinada son de suma importancia. La razón es que las prácticas hegemónicas son clave en los procesos políticos, los cuales, a su vez, son vitales para la formación, funcionamiento y disolución de los discursos. Dicho de forma simple, la hegemonía sólo se logra cuando un proyecto o fuerza política determina las normas y significados en una formación social dada. Como Zanco Panco señala en su conversación con Alicia en *A través del espejo*, de Lewis Carroll:

—Cuando yo uso una palabra —insistió Zanco Panco con un tono de voz más bien desdeñoso— quiere decir lo que yo quiero que diga.... ni más ni menos.

—La cuestión —insistió Alicia— es si se *puede* hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

—La cuestión —zanjó Zanco Panco— es saber quién es el que manda..., eso es todo (Carroll, 1973. p. 116)

Por lo tanto, el concepto de hegemonía se centra en quién es el que manda. O sea, se trata de qué fuerza política decide cuáles son las formas dominantes de conducta y significado en un contexto social dado.

Hay varios aspectos del concepto de hegemonía que tenemos que explicar. Para comenzar, las operaciones hegemónicas son un tipo especial de articulación que dicta las normas dominantes que estructuran las identidades de los discursos y de las formaciones sociales. Esta típica clase de práctica política tiene dos condiciones más. La primera es que necesita que se tracen fronteras. Dicho de otro modo, para que se establezca una hegemonía tiene que producirse una lucha entre fuerzas opuestas y la exclusión de ciertas posibilidades. De ahí que las prácticas hegemónicas siempre supongan el ejercicio del poder, en la medida en que un proyecto político pretende imponer su voluntad a otro. La segunda es que las prácticas hegemónicas tienen que disponer de significantes flexibles que no estén condicionados por los discursos existentes. Cuando estos elementos contingentes están disponibles el objetivo de las prácticas hegemónicas es articularlos en un proyecto político que se expanda y que, por tanto, les dote de un significado (parcial).

### Análisis del thatcherismo

Consideremos el caso del thatcherismo para poner un breve ejemplo empírico del punto de vista de la teoría del discurso. El concepto de thatcherismo tiene muchos significados diferentes y ha sido analizado desde diversos enfoques teóricos (véase Jessop *et al.*, 1988, pp. 5-9 y 24-51). En este apartado lo tomaremos como una articulación discursiva, en consonancia con la teoría del discurso. Para ello me basaré en los escritos de Stuart Hall y, especialmente, en su artículo «The Great Moving Right Show», que se publicó por primera vez a finales de 1978. La premisa del análisis que Hall hace del thatcherismo es la crítica del reduccionismo de clase y del determinismo económico (Hall, 1988, pp. 3-5). Al contrario que otras perspectivas, el enfoque relacional de Hall *no* investiga el «carácter de clase» del thatcherismo o su forma de «corresponderse» con la lógica económica o con sus leyes sino que examina cómo las crisis económicas y los procesos políticos se construyen de forma discursiva y los «agotan» las personas en la sociedad, tanto ideológica como discursivamente (Hall, 1983, pp. 21-22).

Para Hall, el proyecto thatcheriano, al ocuparse de las tensiones de la socialdemo-cracia y agudizarlas, representa la articulación de dos conjuntos de ideas y teorías aparentemente contradictorios, que son el economicismo neoliberal (capitalismo popular, propio interés, monetarismo, individualismo competitivo) y las viejas filosofías del conservadurismo orgánico (nación, familia, deber, autoridad, valores morales, tradicionalismo). Estas cuestiones, que se suelen considerar como una combinación de «libertad económica» y «Estado fuerte», se fundieron mediante el trazado de una frontera política que excluía ciertas prácticas y elementos asociados a la política de consenso (Gamble, 1988). Respecto al «anticolectivismo», el proyecto thatcheriano pudo construir una serie de equivalencias. Así, el «colectivismo» llegó a representar «política de consenso», «socialismo», «estatalismo», «corporativismo ineficaz», «sindicatos con un poder excesivo», etc. Se responsabilizó a estas ideas y prácticas, así como a las instituciones que las encarnaban, de la crisis de la socialdemocracia y de un largo período de decadencia tanto de la economía del Reino Unido como del Estado-nación británico. Por otra parte, el «thatcherismo», o el discurso del «anticolectivismo», fueron presentados como la única alternativa frente a estas desacreditadas prácticas e ideas. De este modo se equiparó «thatcherismo» con «libertad e iniciativa individuales» (frente al poder estéril de los gestores públicos y de los sindicatos), con «el rejuvenecimiento moral y político del pueblo británico y de su Estado» (en vez de su decadencia terminal), con el «restablecimiento de la ley y el orden» y con un «liderazgo decidido» y un «Estado fuerte» (opuesto a la quiebra de la autoridad en la sociedad, al desorden de la política de consenso y a un Estado de bienestar sobrecargado y débil).

Hall se ocupa de tres importantes procesos hegemónicos que afectan a la victoria del Partido Conservador en 1979. El primero de ellos se centra en cómo Margaret Thatcher pudo traducir, y difundir, los abstractos conceptos del economicismo neoliberal a una nueva «filosofía» política lista para el consumo masivo. Esto suponía la desarticulación de la ortodoxia keynesiana que había dominado los institutos de investigación sobre políticas, el aparato estatal y las universidades en el período de postguerra, y también hacía necesario que se difundieran dichas ideas entre el gran

público. Hall señala que tanto la prensa sensacionalista como la «seria» fueron de gran ayuda en este sentido. En palabras del propio Hall:

Ni el keynesianismo ni el monetarismo... ganan votos por sí mismos en el mercado electoral. Sin embargo, en el discurso de «los valores del capitalismo popular», el thatcherismo descubrió un método convincente para traducir la doctrina económica al lenguaje de la experiencia, del imperativo moral y del sentido común que, de este modo, ofrecía una filosofía en el amplio sentido de la palabra, es decir, una *ética* alternativa a la de la «sociedad asistencial». Esta traducción de una *ideología* teórica a un *idioma* populista fue un éxito político crucial (Hall, 1983, p. 28).

El segundo proceso en el que se concentra Hall es aquel por el que Margaret Thatcher alcanzó la hegemonía en el Partido Conservador, después de ganar la batalla por el liderazgo del mismo en 1978. Esto conllevó un cuidadoso proceso de acuerdos y negociaciones que permitió que importantes figuras del thatcherismo como Keith Joseph, Geoffrey Howe, David Howell y Norman Tebbit fueran sustituyendo poco a poco a los «tíbios» en el sector de la jerarquía del Partido Conservador que era partidario del consenso.

La tercera práctica hegemónica importante fue la articulación del discurso «autoritario populista» del thatcherismo en el conjunto del país. En este sentido, Hall examina cómo el proyecto thatcheriano logró construir y poner a su servicio un discurso populista —el lenguaje del pueblo y de la nación— de forma claramente autoritaria. En otras palabras, el thatcherismo consiguió presentarse como el artífice de la recuperación de un liderazgo fuerte y de un gobierno decidido que, a pesar de todo, se ocupaba de las auténticas preocupaciones del conjunto de la población. Se creó así lo que Hall llama una «unidad populista»:

El lenguaje del «pueblo», unificado tras un deseo reformista que pretende cambiar el rumbo del «colectivismo progresivo», prohibir toda ilusión keynesiana en el aparato del Estado y renovar el bloque de poder, resulta muy convincente. Su radicalismo conecta con el del pueblo para darle realmente la vuelta, absorbiendo y neutralizando su empuje, creando, allí donde había una ruptura popular, una *unidad populista* (Hall, 1983, pp. 30-1).

¿Cómo funcionó esto y por qué? Según Hall, el thatcherismo tuvo éxito porque supo «explicar» la crisis de la socialdemocracia y ofrecer, a la vez, un modelo alternativo con el que sustituirla. Como afirma Hall, este empeño por «hacer del pueblo un sujeto político populista» tuvo éxito porque se ocupó de los asuntos y problemas a los que la gente se enfrentaba durante los años de crisis de la socialdemocracia. Cuando el Partido Laborista fracasó en su labor de controlar y reformar el capitalismo desde el Estado y a través de la «negociación corporativa» —y el «invierno del descontento» de 1978-9 fue un ejemplo de este fracaso— el proyecto de Thatcher logró aprovecharse del resentimiento contra el antiguo sistema y ofrecer una alternativa radical. En palabras de Hall, el Laborismo fue, por tanto, representado en la división entre Estado y pueblo «como parte indivisible del bloque de poder, enredado en el aparato del Estado, corrompido por la burocracia... "con" el Estado», mientras que Thatcher «sostenía en su mano la antorcha de la libertad, como alguien que está ahí fuera con integridad, "con el pueblo"» (Hall, 1983, p. 34).

Esta breve exposición de los presupuestos de Hall ha querido resaltar los conceptos principales de la teoría del discurso a medida que los esbozaba. Aunque gran parte de su explicación se basa en un análisis de las alocuciones, declaraciones, manifiestos y escritos del thatcherismo, el concepto de discurso de Hall utiliza una lógica económica y política, y tiene también en cuenta el impacto de las instituciones sociales clave, en la medida en que diversos grupos de personas en la sociedad británica los «agotan» y experimentan. En concreto, lo que este autor pone de manifiesto es cómo el proyecto hegemónico thatcheriano logró establecer una nueva frontera política en la sociedad británica —interrumpiendo de este modo el orden socialdemócrata que, a pesar de estar acosado por la crisis, existía—, mediante la construcción de relaciones antagónicas entre aquellos a los que su discurso interpelaba y aquellos a los que excluía. De esta manera, el thatcherismo logró la hegemonía sobre significantes importantes como «pueblo», «nación», «libertad», «individualismo», etc. que habían comenzado a cambiar durante la crisis de la socialdemocracia en los años setenta, a la vez que conseguía negar y marginalizar otros como «socialismo», «colectivismo», «Estado», etc., los cuales habían sido cruciales para el antiguo sistema social.

### **Críticas a la teoría del discurso**

A pesar de que su aparición es reciente, la teoría del discurso ya ha recibido algunas críticas, que pueden agruparse, por una parte, en las que atacan los presupuestos *filosóficos* subyacentes tras la idea de discurso y por otra, en las que se oponen a los conceptos y argumentos *sustantivos* que se han desarrollado para analizar los procesos sociales y políticos. Comencemos con las primeras.

#### *Críticas filosóficas*

Los presupuestos filosóficos de la teoría del discurso han recibido dos acusaciones principales. La primera le acusa de ser *idealista* y la segunda de ser una variante del *relativismo*. Respecto a la primera, ciertos críticos «realistas» afirman que la categoría de discurso lo reduce todo a pensamiento o a lenguaje. Antes de juzgar esta afirmación es preciso definir estos términos filosóficos clave. Se considera *»idealismo«*, en su sentido más amplio, el reducir la realidad a las ideas o conceptos que nosotros tenemos de ella. Por el contrario, se considera *«realismo»* al hecho de que haya una realidad independiente de dichas ideas o conceptos. Si se define en estos términos, la teoría del discurso rechaza el idealismo y afirma el realismo. En otras palabras, el enfoque del discurso no niega la existencia de una realidad ajena a nuestro intelecto y fuera de nuestros pensamientos:

La teoría del discurso se separa de algunas versiones del realismo al afirmar, en primer lugar, que no existe una esfera de objetos *con significado* que sea «extra-discursiva» y, en segundo lugar, al rechazar el punto de vista que postula que esta esfera independiente *determina* el significado de los objetos que contiene. Para la teoría del discurso los objetos sólo tienen significado si forman parte de un marco discursivo más amplio, de modo que los significados no pueden reducirse ni al mundo (extra-

discursivo) de los objetos ni a la esfera de las ideas o conceptos. Por lo tanto, el significado de nuestros objetos de investigación —en los que se incluyen todas las prácticas, instituciones, alocuciones, textos, etc.— depende de la configuración racional (o discurso) que les otorga identidad (ya mencionamos anteriormente el ejemplo de votar en unas elecciones). Además, como hemos visto en las cuestiones postmodernas en los que se basa la teoría del discurso, ningún discurso está completamente cerrado o fijo sino que son siempre susceptibles al cambio.

Volvamos al problema del relativismo. Se recordará que la teoría del discurso acepta el principio «antifundacionalista» de que no hay una «verdad» subyacente e inmutable que pueda garantizar la objetividad de nuestro conocimiento o de nuestras opiniones. ¿Quiere esto decir que acepta la idea relativista de que toda opinión respecto a una cuestión determinada es tan buena como cualquier otra? (A este respecto, véase Rorty, 1982, p. 166). La respuesta es «no». La afirmación de que la identidad de los objetos depende de discursos concretos no supone que no puedan hacerse juicios sobre la verdad o falsedad de las proposiciones que hay *dentro* de algunos de esos discursos. La teoría del discurso mantiene que, para que puedan hacerse juicios sobre cuestiones empíricas y morales debe compartirse un mismo discurso —un conjunto común de significados y presupuestos— en el que sea posible tomar tales decisiones. Sin esta condición mínima no estaríamos seguros de qué cosas estamos juzgando en realidad. Según esto, la verdad o falsedad de las proposiciones depende de lo coherentes y convincentes que sean las afirmaciones hechas en una determinada comunidad activa que comparte un discurso común.

¿Postula la teoría del discurso que todos los discursos tienen igual validez y valor moral? Esto supondría seguir dentro del paradigma de la «verdad» y creer que es posible aplicar a *todos* los marcos conceptuales disponibles un punto de vista que sirva para juzgar diferentes períodos históricos. Los presupuestos de la teoría del discurso indican que siempre formamos parte de un discurso y de una tradición determinados. Por lo tanto, la cuestión no es dar una justificación filosófica grandiosa a determinadas configuraciones, ya que prácticamente cualquier opinión puede justificarse filosóficamente, sino que el problema reside en la situación concreta de nuestros propios discursos. Dicho de otro modo, ¿pueden defenderse estos discursos?, ¿cómo puede hacerse?, ¿son susceptibles de cambio o revisión, o sensibles a otras tradiciones o discursos? Sin embargo, esto no quiere decir que los discursos que resulten ofensivos (para los valores de las sociedades liberal-democráticas, por ejemplo) hayan de ser bien recibidos o tolerados. Se pueden, y deben, hacer esfuerzos para criticar y transformar otros discursos, así como los componentes de aquellos que habitamos, siempre que tales modificaciones no se presenten como verdades universales, no susceptibles de crítica o revisión.

Finalmente, ¿significa todo esto que no hay fundamentos racionales que amparen la elección *entre* discursos? Esta pregunta es engañosa. Generalmente no estamos en situación de elegir el marco discursivo que queremos habitar. La elección *entre* discursos se produce cuando nuestros marcos conceptuales ya no pueden dar respuestas razonables a las preguntas que plantean los retos de otras perspectivas. De ahí que sea el *fracaso* de determinada forma de racionalidad la que nos pida que reconstruyamos nuestros discursos según nuevas coordenadas. Aunque la elección *entre* diferentes alternativas disponibles pueda considerarse «racional» (a posteriori), a menos que

presupongamos que sólo hay una posibilidad (un presupuesto que nos acercaría a una nueva forma de universalismo que acabaría completamente con la idea de elección), la constitución de esta nueva racionalidad siempre conllevará el uso de la fuerza o un componente de irracionalidad (véase Laclau, 1991, pp. 89-91). De este modo, si nos atenemos a los presupuestos de la teoría del discurso, todo discurso se constituye mediante la exclusión de ciertas posibilidades, lo cual evita que, al fin y al cabo, esté cerrado.

### *Criticas sustantivas*

Vamos a retomar las críticas sustantivas a la teoría del discurso tal como las habíamos presentado. Tres son los problemas importantes de los que hay que ocuparse. Se ha indicado que la teoría del discurso produce: (i) la completa fragmentación e inestabilidad de las estructuras y relaciones sociales; (ii) el abandono del concepto de ideología y el deterioro de sus puntos de apoyo críticos, y (iii) la incapacidad (o falta de voluntad) para analizar las instituciones sociales o políticas. Vamos a considerar estas críticas una a una.

#### La fragmentación de las estructuras sociales

La primera objeción afecta a dos problemas: el de los *límites* y el del *cierre*. Para algunos críticos la teoría del discurso es *voluntarista* porque no reconoce los *condicionantes materiales* (definidos habitualmente en términos económicos) de las acciones y prácticas políticas. Dicho de otro modo, la indeterminación es excesiva y se acentúan demasiado las posibilidades de acción y de cambio dentro del enfoque, sin prestar atención suficiente a las condiciones que limitan los discursos (véase Dallmayr, 1988; Hall, 1988; Woodiwiss, 1990). Estas críticas, más concretamente, se han centrado en el papel que tiene la economía a la hora de explicar los procesos políticos (Geras, 1987; Jessop, 1990). Vamos a dedicar más atención a estos puntos.

La perspectiva del discurso no niega que lo posible tenga límites. De hecho, todo discurso constituye un conjunto de límites al abanico de prácticas posibles. En otras palabras, un discurso siempre excluye ciertas opciones por considerarlas falsas, sin sentido o inapropiadas para él. En un discurso como el del *thatcherismo* las ideas, prácticas e instituciones socialistas o corporativistas (y otras formas de organización social) eran abiertamente excluidas. De ahí que una política de nacionalizaciones, por ejemplo, no se hubiera considerado apropiada en este discurso, a menos que éste se transformara de alguna manera. Podemos también tomar el caso de los «límites medioambientales», por ejemplo: ¿son un condicionante material para las posibilidades discursivas? La respuesta es «sí», pero sólo si han sido registrados como un objeto del discurso. Dicho de otro modo, cuando los científicos y los ecologistas descubren los efectos de nuestras prácticas sobre el medio ambiente, tales límites medioambientales entran a formar parte de nuestras formaciones discursivas, facilitando de este modo que cambien nuestras actitudes y prácticas respecto al medio ambiente.

¿Qué ocurre con el papel condicionante que representa la economía para la teoría del discurso? Desde el punto de vista de esta teoría, la economía no es un fundamento que determine otras prácticas o que asegure las identidades de agentes políticos como las clases sociales. La economía, en vez de ser una especie de sustrato natural de la sociedad, autónoma en sus leyes y su lógica, es considerada como una formación discursiva —que se preocupa de procesos como los de producción, reproducción e intercambio— similar a cualquier otro sistema de comportamiento. Además, para la teoría del discurso, las prácticas económicas están íntimamente relacionadas con otros tipos de prácticas, de forma que la economía no se ve como un ámbito separado de las relaciones sociales (junto al ideológico, por ejemplo) sino que las prácticas económicas están muy relacionadas con las de tipo legal, político, cultural, sexual, psicológico e ideológico, y con sus procesos. Si tiene lugar un debate, por ejemplo, acerca de la decadencia económica de un determinado país, éste no puede reducirse a variables económicas estrechas porque, en procesos históricos complejos, siempre interviene una combinación de factores culturales, políticos, militares, geopolíticos y legales (véase Gamble, 1988, analizando el caso británico). Por lo tanto, en lugar de hablar de la economía como si pudiera separarse de las esferas pública e ideológica, los teóricos del discurso piensan que estas prácticas diferentes se articulan en formaciones que Gramsci ha denominado «bloques históricos» (véase Gramsci, 1971). Por ejemplo, en este sentido, el *thatcherismo* fue un intento de desarticular las prácticas e instituciones del consenso de postguerra, sustituyéndolo por un nuevo «bloque histórico», estructurado según principios y lógicas diferentes.

Para terminar, podemos decir que, mientras que algunos enfoques del análisis político tratan las estructuras y procesos económicos como si fueran algo primordial (e incluso determinante), los teóricos del discurso hablan de la «primacía de la política». Esto no quiere decir que nieguen la importancia crucial de los procesos y cuestiones económicas para la vida política sino que indican que toda práctica discursiva tiene un origen político. Dicho de otro modo, incluso los «sistemas económicos», como el capitalismo, son, al fin y al cabo, fruto de conflictos políticos entre fuerzas que intentan imponerse unas a otras conjuntos de ideas, prácticas e instituciones.

El segundo problema —el del cierre— lo ha recogido hábilmente Slavoj Žižek al afirmar que el postmodernismo da más importancia a la fluidez y difusión del significado que a su estabilidad (Žižek, 1989, p. 154). Sin embargo, esta crítica está un poco fuera de lugar por lo que se refiere al enfoque de Laclau y Mouffe. Estos autores insisten en que toda formación social *depende* del trazado de fronteras políticas para alcanzar su identidad. De ahí que su enfoque siempre haga hincapié en el «cierre *parcial*» y en la «estabilidad *parcial*» de las relaciones sociales. Esto se atiene al enfoque *post-estructuralista* que adoptan allí donde se recalca el *debilitamiento* de las estructuras más que su completa disolución.

#### El abandono del concepto de ideología

¿Ha quedado embotado el lado más incisivo de la perspectiva del discurso al rechazar la ideología por considerarla una «falsa consciencia»? Dicho de otro modo, ¿significa su oposición a la categoría de ideología como conjunto de representaciones

que confunde la verdadera naturaleza de las cosas que no hay posibilidad de criticar los discursos actuales? (véase Eagleton, 1991, p. 129). A este respecto, es importante señalar que el concepto de ideología *no* desaparece del enfoque del discurso, aunque no se base en distinciones entre conceptos como ciencia e ideología o verdad y falsedad. La categoría de ideología se utiliza para describir la tendencia que conduce al cierre *total* de los discursos. En otras palabras, un discurso «ideológico» será aquel en el que no se reconoce que haya algo exterior o un «otro» que lo constituya. En este sentido, los discursos totalitarios o fascistas —intentos de basar o cerrar las sociedades en torno a un único principio— serían ejemplos claros de construcciones ideológicas.

Otro de los aspectos de esta segunda crítica es el que se ocupa del papel crucial que representa el analista del discurso. En primer lugar, los que utilizan la teoría del discurso no dicen que estén llevando a cabo investigaciones «dibres de valores» u «objetivas». Es un presupuesto elemental de este enfoque el hecho de que el analista del discurso siempre se sitúa en una formación discursiva determinada; o sea, que es tan sujeto como los demás. Lo que el teórico del discurso cuestiona es que los valores se *deriven* o *deduzcan* de los presupuestos filosóficos o teóricos de su teoría. En este sentido, el antifundacionalismo no da lugar a un cierto conjunto de posiciones sustantivas, ya sean políticas o éticas. Sin embargo, sí excluye las que se basan en presupuestos fundacionales. El hecho de que los teóricos del discurso eviten los criterios epistemológicos en la legitimación de los valores supone que justifican sus posiciones políticas o éticas en función de las consecuencias prácticas que tienen y de las tradiciones históricas concretas de las que proceden (véase Mouffe, 1993, pp. 13-18).

#### La incapacidad para analizar las instituciones sociales y políticas

Algunos autores han recalcado las dificultades que tiene el paradigma del discurso para analizar las instituciones y organizaciones políticas (véase, por ejemplo, Bertramsen *et al.*, 1990; Jessop, 1982). Aunque es cierto que han sido pocos los análisis de instituciones y organizaciones que se han hecho desde el punto de vista del discurso, hay que matizar esta crítica con las siguientes observaciones. La perspectiva del discurso rechaza enérgicamente los enfoques que explican instituciones como el Estado mediante leyes objetivas que se han ido desarrollando a través de diferentes períodos históricos, o "aquellos que tratan a las instituciones como si fueran sujetos unificados o agentes dotados de intereses y capacidades intrínsecos. De forma más positiva, el enfoque del discurso, como hemos visto, propone recursos conceptuales alternativos que hagan inteligibles las instituciones y las organizaciones. Las instituciones se conceptualizan como discursos *sedimentados*. Dicho de otro modo, son discursos que, a consecuencia de prácticas políticas o sociales, se han hecho relativamente permanentes y duraderos. En este sentido, no existe una distinción *cualitativa* entre los discursos, sólo diferencias en cuanto a su grado de estabilidad. Esto significa que las formaciones discursivas que son relativamente fijas, como las burocracias, los Estados y los partidos políticos son objetos legítimos para un análisis del discurso.

## Conclusión

La teoría del discurso es un enfoque relativamente nuevo en el análisis político, aunque está profundamente enraizado en tradiciones y perspectivas teóricas anteriores. Siguiendo, y ampliando, los enfoques de autores marxistas como Gramsci y Althusser, y haciendo suyos presupuestos e ideas de teóricos postmodernos como Foucault y Derrida, la teoría del discurso examina la lógica y la estructura de las articulaciones discursivas y cómo éstas posibilitan la formación de identidades en la sociedad. De este modo, concede a los procesos políticos —concebidos como conflictos y luchas entre fuerzas antagónicas que pretenden estructurar el significado de la sociedad— un lugar fundamental en la comprensión de las relaciones sociales y en cómo se transforman.

Aunque la atención de la teoría del discurso se haya dirigido principalmente a esclarecer y desarrollar sus presupuestos filosóficos y conceptos teóricos, han comenzado a surgir estudios empíricos que se basan en este marco teórico. Jacob Torfing, en *State, Economy and Society*, libro que ha compilado junto a otros autores, aplica la teoría del discurso a la comprensión de la reglamentación económica en los países capitalistas desarrollados, sentando así las bases para una revisión del Estado del bienestar actual (Torfing, 1991, 1994). Anna Marie Smith, en su reciente libro *New Right Discourse on Race and Sexuality*, analiza la lógica cambiante del racismo y del odio a los homosexuales en la sociedad británica de la postguerra (Smith, 1994). Aletta Norval ha descrito y analizado la lógica del discurso del *apartheid* en diversos artículos y en el libro titulado *Accounting for Apartheid* (Norval, 1994, 1995). Para terminar, una reciente colección de trabajos titulada *The Making of Political Identities* (compilada por Ernesto Laclau) se ha propuesto ampliar las categorías de la teoría del discurso, aplicándolas a contextos políticos e históricos contemporáneos, que abarcan desde el papel de la cultura rastafari en Gran Bretaña al análisis de la ex Yugoslavia, la lucha por la autodeterminación en Palestina y los discursos ecologistas actuales (véase Laclau, 1994). Todos estos trabajos demuestran que los analistas del discurso pretenden aportar a la disciplina de la ciencia política un cuerpo de conocimiento empírico, cuestionando, a la vez, la estrechez de su sesgo positivista y tratando de ampliar sus horizontes.

## Lecturas recomendadas

Para aquellos que no estén familiarizados con las corrientes de pensamiento en las que se basan Laclau y Mouffe —que van desde el marxismo al postestructuralismo, pasando por la lingüística y el psicoanálisis—, la lectura de estos autores puede ser bastante desalentadora. Quizá sea mejor comenzar tanto con sus artículos en publicaciones periódicas como con las entrevistas que han concedido. A continuación figuran algunas lecturas, ordenadas en la secuencia en la que creemos que deberían leerse:

Dallmayr (1988): una introducción muy amena a los temas principales del enfoque teórico de Laclau y Mouffe.

Laclau, E. (1988), también publicado en Laclau (1990): un accesible conjunto de comentarios sobre la aparición y el desarrollo de la teoría del discurso.

Laclau y Mouffe (1987): una respuesta a las críticas de Norman Geras en el artículo titula-

do «Post-marxism?» en *New Left Review*, que resume las principales categorías y conceptos teóricos que desarrollan estos autores (1985) en una densa y compleja exposición teórica sobre el enfoque del discurso, incluye una detallada lectura «deconstructiva» de la tradición marxista y plantea posteriormente un marco de análisis alternativo; Norval (1994) analiza la lógica y la crisis del discurso del *apartheid* en Suráfrica en los años ochenta.

Smith (1994): un estudio del racismo y del odio a los homosexuales en la sociedad británica que demuestra la demonización de éstos, así como la de negros y lesbianas, basándose en los escritos de Nietzsche, Foucault, Derrida, Hall y Gilroy; Salecl (1994): un despliegue de las categorías de la teoría del discurso, junto al psicoanálisis de Lacan, para explicar la desintegración de la ex Yugoslavia y el crecimiento del nacionalismo serbio. Y Torfing (1991): un informe de la reglamentación capitalista en las sociedades industriales desarrolladas desde el punto de vista de la teoría del discurso, intentando explicar el carácter, dinámica y límites del Estado del bienestar actual.

[www.cholonautas.edu.pe/Biblioteca de Ciencias Sociales](http://www.cholonautas.edu.pe/Biblioteca%20de%20Ciencias%20Sociales)

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS  
T A L L E R D E  
E S T U D I O S  
P O L Í T I C O S  
CIENCIA E INVESTIGACIÓN  
CIENCIA POLÍTICA